

cribirlo... Hay cosas que no se atreve una ni aun á decirse-las á sí misma, y que, trazadas en el papel, producen el efecto de una impiedad. — ¡Ah! querida mártir, culpable ó no, no os juzgaré yo, y de vuestra historia, solo quiero recordar los sufrimientos.

## XXIII

## LO QUE HABRIAN CONTENIDO LAS PÁGINAS BLANCAS.

Y tambien nosotros, narradores imparciales de esta historia, echaremos un velo sobre esta dolorosa confidencia de una madre humillada ante su hija. Aunque hayamos prometido, al comenzar esta relacion, no retroceder ante ninguna verdad, ciertas llagas sociales serian todavia peligrosas, ya que no inútil sondearlas; el divino Pastor de las almas no preguntó á la Magdalena por qué habia pecado. La perdonó, porque habia amado. Lo mismo que Cipriana no queria recordar mas que los sufrimientos de su madre, así nosotros no queremos hablarlos sino de sus remordimientos.

Culpable, lo habia sido, ciertamente, aunque no fuera mas que de locura é imprudencia.

Pero ¡cuántas expiaciones ya, sin contar esta humillacion suprema!... Hecha, no solamente la esclava, sino tambien el juguete de un miserable; denunciada por él á su marido, por crímenes de que se sentia inocente sin poderse defender; obligada á dejar pasar en su hogar á la hija legitima por la del adulterio, y de ocultar la otra, — la pequeña Liliás, á las indagaciones interesadas de su miserable padre, que se habria hecho de ella un arma, — vivia en trances de muerte continuos, arrastrando sin respiro durante su triste vida el abrumador peso de su falta!

¡Cuántos esfuerzos inútiles no habia hecho para evadirse de este presidio!... Ya la hemos visto arrastrarse alternativamente á los piés de su dueño y de su tirano, sin poder obtener piedad del uno ni del otro.

Un solo ser, entre los que la rodeaban, quedaba aun lleno de amor, de confianza, de veneracion, y á este ser salido de sus entrañas, carne de su carne, sangre de su sangre, venia á decirle:

— ¡Tú me amas... pues haces mal! ¡A mí me encontrarás en el origen de todos tus sufrimientos! ¡Tienes confianza en mí... pues te engañas!... ¡Yo soy débil y estoy desarmada, y tú, al contrario, — tú que me llamas en tu socorro, tú eres la única que puede salvarme y defenderme!... ¡Tú me veneras, alma pura... y yo soy la mas culpable de las mujeres! Ahora, maldíceme, y seré la mas desgraciada de las madres.

¿Era bastante completa la expiacion?

Sí, acababa de decir esto á su dulce, á su casta Cipriana. Y ahora, abrumada bajo el peso de su vergüenza, ocultando

su frente ruborizada entre sus manos, esperaba la sentencia del juez cuya inocencia le hacia aun mas tremendo.

Cipriana la estrechó en sus brazos, maternales á su vez, porque por naturaleza la mujer es madre, y besándola en la frente, no murmuró mas que estas palabras:

— ¡Pobre querida mia!...

El alba pálida filtra á través de las cortinas. Cipriana está acostada en su lecho blanco: — duerme, sueña, y en su sueño sonríe.

¿En quién piensa la bella y pura niña?... ¿A qué ángel, bajado del cielo para consolarla, responde su sonrisa?

En su espíritu confuso todo se mezcla; las confianzas de su madre, y las propias aprensiones de su corazón.

Le parece que se pasea en el gran jardín de Noizilles, apoyada en el brazo del pequeño caballero de los Alisios. — Y el pequeño caballero le aparece bajo la forma de José, — y el gran jardín regular lo toma, segun es la semejanza engañosa, con que se le representa, por el mismo jardín del convento de B... La misma Ursula está allí... en alguna parte detrás de un bosquecillo, con un dedo en los labios y espíandola.

— ¡Ah! ¿por qué llorar? ¿Por qué dudar en el porvenir? le pregunta su compañero. — Animo, tened confianza en los amigos desconocidos.

Y de repente, el aire se llena de formas indecisas y flotantes, que poco á poco se condensan, toman cuerpo, fisonomía y semejanza. Son todos los seres que ha amado Cipriana, y de quienes ha sido amada: — la buena superiora con su benévola mirada, y Ursula, y su madre. El grupo se acerca y la envuelve. Todos los labios se entrecierran; todas las manos están tendidas, como para cogerla y abrazarla. — En fin el grupo se aparta y deja pasar, altiva y serena, á la condesa de Monte-Cristo, llevando á Liliás de la mano.

— ¿Por qué llorar? ¿Por qué dudar del porvenir?... Confianza.

Cipriana, confianza en los amigos desconocidos.

Por lo que hace á la condesa de Puysaie, continúa su velada. Ni siquiera se ha acostado. Hundida en el fondo de un sillón, con los ojos enrojecidos, la tez aplomada, está pensando. — Ella tambien vuelve á ver pasar, por delante de sus ojos fijos, el gran jardín de Noizilles, y la forma pálida del caballero de los Alisios. Tambien ella invoca el recuerdo de todos los que se han mezclado en su vida; la viuda de Simeuse, á la par tan zalamera y tan arrogante, una lámina de hierro en un estuche de terciopelo; la buena Lambert, M. de Puysaie, y, en fin, la causa de todas sus lágrimas y de todos sus remordimientos, el tentador y el tirano, el coronel Fritz.

Y para ella no tienen todos mas que amenazas ó reproches, cóleras y maldiciones. Solo, el pequeño caballero perdona. Lloro silenciosamente como deben llorar los ángeles del paraíso cuando una estrella se extingue ó un alma sucumbe.

¡Solo él perdona! No, pues una vision, pura entre todas,



Vió en pié delante de sí á la señora de Monte-Cristo.

noble entre todas, se presenta en medio de estas imágenes desesperadas. Su dedo levantado muestra el cielo, y con la otra mano tiene cogida una mano de niña, la mano de Liliás.

— Lloro, pecadora, sáciate con la hiel de tu arrepentimiento. Te se perdonará inmensamente, si has llorado mucho.

Y la condesa de Puysaie se ha levantado, y en la mesa ha cogido una carta muy manoseada, — bien á menudo releída durante pocas horas, — y exclamó:

— La salvacion está aquí, sino el olvido. Esta sola puede reparar todo lo que no es irreparable. Ella es, la santa y consoladora, ¡la señora de Monte-Cristo!

¿Continuaba su vision? Como si hubiese pronunciado la fórmula cabalística de una evocacion, levantando los ojos, vió en pié delante de sí á la señora de Monte-Cristo.

Esta señora, vestida de negro como un espectro resucitado

de no sé qué mundo fúnebre, — tal, en fin, como la hemos visto enfrente de José, en su oratorio misterioso.

Detrás de la puerta entreabierta, se hubiera podido adivinar el perfil ansioso de Postel.

Era evidentemente la fiel camarera la que acababa de introducir, á pesar de la hora insólita, á esta visitante matinal.

— No he podido venir á veros ayer mismo, dijo la condesa de Monte-Cristo. Un deber sagrado, al cual no he faltado hace muchos años, me retenia. A esta hora estoy libre, y héme aquí. — ¿Qué habeis resuelto?

— El poner completamente mi suerte en vuestras manos, respondió madama de Puysaie con ardor. — Pues vos sois la sola (y sin embargo conocéis la grandeza de mi falta) que me hayais consolado y refrigerado el alma. Decid pues, y lo que vos me digais, haré.

— ¡Bien! dijo gravemente la condesa de Monte-Cristo. —

Acabo de ver á M. de la Cruz y me esperaba esta determinacion. En el nombre de Dios todo poderoso, querida alma, vengo pues á decirte: Basta de expiacion y de sufrimientos. Tu falta ha sido lavada por tus lágrimas. Tus remordimientos han consumido tu crimen, como el moho gasta el hierro. Bastante tiempo has combatido contra la tempestad, pobre nave desamparada: encuentras el puerto. *Hermana del Refugio*, ven con nosotras.

Y como, atónita, no comprendiendo sin duda, la condesa de Puysaie se callaba, la señora de Monte-Cristo prosiguió con el mismo tono enfático, y por decirlo así, profético:

— Ven con nosotras. Encontrarás á todas tus hermanas en miseria: — las víctimas y las arrepentidas; las que han sufrido y las que han hecho sufrir. — Delante de las primeras, la puerta se ha abierto de par en par, en seguida que han llamado á ella. Una prueba detiene largo tiempo á las otras en el umbral. Esa prueba, tú la has sufrido, y yo puedo, en fin, hacerte participar de nuestra tranquilidad, y de los consuelos divinos de nuestra obra.

— ¿Qué obra? balbuceó madama de Puysaie.

A un ademán de la señora de Monte-Cristo, Postel entró en el cuarto.

— Mira, continuó la Redentora, mira esa mujer. Esta jamás ha faltado. Víctima siempre, nunca ha respondido á los tormentos de otro modo que con una abnegación mayor en frente de sus verdugos. Desgraciada esposa, madre la mas infortunada, su vida no ha sido sino una larga tristeza. Cuando la encontré, ni una mano se habia tendido todavía hácia ella. Pues bien, ¿es eso justo?... ¿No es un deber para toda alma cristiana procurar consolar tantos dolores inmerecidos? ¿sostener estos pobres corazones mortificados que pudieran un día... ¡quién sabe!... sucumbir en fin bajo el cansancio, y responder á la injusticia con la maldición?

Pues bien, buscar esos sufrimientos ocultos, consolar esas desesperaciones, hé ahí una de las tareas de las *Hermanas del Refugio*.

Tambien es una de sus tareas ir hácia aquellas que, como tú, han faltado, sondear pacientemente el abismo profundo de su corazón; encontrar en él y hacer brotar la chispa del arrepentimiento, semi-ahogada bajo la ceniza. Es su tarea prevenir la falta; librar á la jóven de las asechanzas incesantemente tendidas bajo sus pasos; apartar de su oído las fatales sugerencias del vicio y de la miseria.

Impedir que caigan, levantar á las que han caído; dar á las almas valientes que, sin reproches, pero no sin heridas, han atravesado las pruebas de la vida, un alimento proporcionado á su fuerza y á su valor: hé ahí la triple tarea de las *Hermanas del Refugio*. ¡Ay de mí! Todavía somos muy débiles; pero ya he encontrado corazones de buena voluntad. Día vendrá en que, unidas todas por amor comun, seremos fuertes. Entonces nuestros misioneros recorrerán, visibles solamente por sus beneficios, todas las clases de la sociedad. Estas Hermanas de caridad, estas curanderas de almas, no huirán ninguna miseria, no se estremecerán ante ningun disgusto. En cada zahurda tendremos una Magdalena; una dama de Miramon en cada salon. Y entonces, á

la par que viviendo la vida humilde devuelta á las mujeres, sin envanecernos de nuestra fuerza, seremos omnipotentes para el bien. ¡Oh! hermanas mias, dejemos á los hombres, sin el mas mínimo pesar, su obra orgullosa de civilizadores de la humanidad. Dejémosles sus fanfarronadas de triunfo, las fiebres de la lucha, las embriagueces del poder. Humildes auxiliares de la grande obra humana, prosigamos nosotras en la sombra nuestra mision de amor.

La condesa de Monte-Cristo hablaba, y con la frente inclinada, las manos unidas, las dos *Hermanas del Refugio* la escuchaban, y sentian inflamarse su corazón al contacto de este brasero de amor, como una hoja de papel que se acercaria á una llama.

— ¡Oh! suspiró madama de Puysaie, ¿cómo podré yo llegar jamás á ser digna auxiliar de una santa como vos?

— Lo sois ya, hermana mia, respondió la señora de Monte-Cristo, estrechándola tiernamente entre sus brazos. Sin embargo, os está reservada una prueba última. Destinada á volver á entrar en el mundo, para proseguir la parte de nuestra mision que os será indicada en él, es preciso que, por algun tiempo, por algunos dias quizá... tal vez por algunos meses y años, os separeis de él completamente. Desde hoy, un nuevo ser se despierta en vos. Como la mariposa se despoja de su crisálida, es necesario que olvideis todo lo que habeis amado y todo lo que habeis aborrecido. En nuestra conducta, hermana mia, no debemos dejar subsistir ninguna tendencia egoista y personal. Para todos trabajamos, y no solamente para los nuestros.

No temais, sin embargo, que intereses tan caros á vuestro corazón sean abandonados. Otros velarán fielmente sobre Cipriana. Al dejarla, no haced de ella una huérfana. Le dais por madres todas vuestras hermanas en Dios, y todas las *Hermanas del Refugio*.

— Mandad, ordenad, dijo sencillamente madama de Puysaie, y obedeceré.

El sol iluminaba completamente el día, y en el gabinete del conde de Puysaie pasaba una escena enteramente diferente.

Loredano, el baron Matifay y el inevitable coronel Fritz, discutian las cláusulas del contrato.

Títulos de renta y de propiedad llenaban toda la ancha mesa. Se hablaba del valor de tal finca, del producto de tal granja, de la muerte probable ó lejana de tal tío ó de cual tía.

Solamente quedaba una finca que no se pensaba en estimar, — Cipriana.

¿Tal vez no se pensaba en ella porque era inestimable?

Creo no obstante que en este trio de hombres, el baron Matifay tenia solo opinion.

No regateaba evidentemente sino por hábito, ó para que no se le escurriera la mano. Largo tiempo habia que estaba resuelto á hacer todos los sacrificios para lograr ese objeto de sus ardientes, de sus postreros deseos quizás: — Casarse con Cipriana.

Este ardor, esta fiebre fisica, ensayaba en balde de disimularlos bajo maneras mojigatas é hipócritamente paterna-

les. Se denunciaba en los fulgores que, de tiempo en tiempo, encendian involuntariamente sus párpados, en el estremecimiento nervioso de sus manos, en las vacilaciones de sus labios.

El coronel Fritz se apercibió bien de ello, y como hábil mercader de carne humana, se aprovechaba para arrancar una á una concesiones nuevas al banquero.

En cuanto á Loredano, humillado, hasta el fastidio, de este manejo, aparentaba un aire indiferente y frívolo. Pero sus ojos inquietos no podian disimular enteramente la turbacion de su alma, y quizá se hubiese necesitado rogarle muy poco para hacerle arrojar de un solo empujon á la puerta, al coronel y al banquero, al novio y al mediador.

Entonces, para darse ánimo, se repelia sordamente:

— ¿Qué me importa? Seria un loco si creyera en las protestas de la condesa. Cipriana no es hija mia.

¡Cipriana no es hija mia!

Esta idea, que en otro tiempo le hacia brincar de dolor y de rabia, que le habia perseguido tan largo tiempo en las pesadillas de sus noches desesperadas, era hoy la tabla á que se agarraba con toda la energía de que se sentia todavía capaz.

Es que esta idea solamente le daba fuerza para sacrificar á Cipriana, y fuera de este sacrificio, le faltaba toda otra via de salvacion.

Estaba absolutamente arruinado, vergonzosamente arruinado, — toda su fortuna, realizada en seguida, no habria bastado para colmar la mitad del abismo de sus deudas. La suntuosidad y el lujo que todavía ostentaba, no era sino el resultado de un artificio, de una ilusion de crédito asentado el uno sobre el otro. — Que llegase á manifestarse una desconfianza ó á pronunciarse una palabra, y todo el edificio se desplomaba lamentablemente.

Entonces... entonces era la miseria, mas que la miseria, la bancarota.

Ahora bien, al rey no le gustaban las bancarotas, en prueba de ello, la condenacion reciente de ilustres agiotistas, cuya impunidad parecia segura por su clase elevada.

Luego, aun absuelto, un de Puysaie quebrado, fallido. ¿Era eso posible?...

Por su union con Matifay, al contrario, restablecia su fortuna, y se encontraba, de un dia á otro, en una posicion mas próspera que nunca. La influencia considerable de este yerno, unida á la que habia conservado, á pesar de sus faltas, formaban una alianza á la cual nada podria resistir.

Oráculo del barrio de San-German, y yerno de un Laffitte; apoyándose con una mano en la nobleza, y con la otra en la fuerte espalda de la clase media, — ¿á qué posicion, por mas alta que fuera, no podia pretender?

Entonces (al menos se hacia esta promesa)... volveria al trabajo. El vértigo de los negocios públicos le permitiria olvidar las traiciones de su interior. Ya no habria para él mas pasion de allí en adelante, que la de la ambicion. — ¡Viva la ambicion!

La discusion estaba terminada, todo el mundo de acuerdo. Matifay, guardando los documentos y titulos rentísticos en

una ancha cartera de piel de zapa, con cerradura de plata, se despidió, encargándose de comunicar al notario las bases del contrato. El coronel se frotaba las manos guiñando el ojo hácia Loredano, como para decirle:

— ¿Hein?... ¿cómo lo hemos arreglado?...

— ¡A propósito! preguntó Matifay volviendo á entrar, ¿para cuándo la firma?

Y con brusquedad, — pues esas fingidas sonrisas, esas protestas falsas, esos cálculos desvergonzados empezaban á sublevarle el corazón:

— Lo mas pronto posible, respondió M. de Puysaie. Para mañana por la noche.

Hasta mañana por la noche. ¡Pobre Cipriana!

## XXIV

## ¡FELICES LOS RICOS!

Al siguiente dia, en el palacio de Puysaie habia una fiesta; los grandes salones iluminados; los lacayos vestidos con sus mas brillantes libreas; el patio de honor lleno de carruajes.

Uno á uno, iban llegando los coches delante del toldo del umbral, y sus nobles propietarios, diplomáticos con corbata blanca, jóvenes agregados de delgadez aristocrática, oficiales superiores barrigudos, viudas regordetas, inexpertas, de hombros enjutos, subian con lentitud las diez gradas del pórtico.

Mientras todos desfilaban majestuosamente entre las hileras de lacayos con calzon corto, por fuera, en la acera de en frente; la muchedumbre se habia agolpado, y, no sin envidia, admiraba.

¡Felices los ricos!

— Ese es un marqués por lo menos.

— ¡Un embajador!

— ¡Un ministro!

— ¡Mira, el duque de Lenoncourt!

— ¿Quién? — ¿Aquel regordetillo?

— No, — el flaco; un famoso ricachon nada menos, aunque es tan gordo como un ciento de clavos. — Parece que tiene quinientos francos al dias.

— Con que engordar un buey.

— No puede consumirlo todo, ¡pardiez!

— Dos *beefsteaks* en cada comida, es todo lo que se puede tragar, aun cuando sea uno emperador de la China.

— ¡Oh! — qué coche tan hermoso!

— ¿Y ese?

— ¿Y este?

— ¿Es un sarao?

— ¡Un casamiento!

— ¡No!

— ¡Si!